

LA OPOSICIÓN ANARQUISTA AL RÉGIMEN DE FRANCO, 1939-1976

MARIO OJEDA REVAH

EXILIO Y REPRESIÓN

LA REPRESIÓN QUE EJERCIÓ EL FRANQUISMO contra el bando republicano comenzó mucho antes del fin de la guerra civil española. A medida que caían, ante el avance de las tropas insurrectas, las zonas leales a la República fueron purgadas sistemáticamente de elementos socialistas, comunistas, anarquistas e incluso liberales moderados, bajo el método expedito del fusilamiento.

En este sentido, bastará para los propósitos del presente ensayo evocar la sangrienta matanza que tuvo lugar en la ciudad de Badajoz,¹ o bien la campaña andaluza, conducida por el ejército insurrecto bajo consideraciones represivas más que militares, como ejemplos suficientes del espíritu vengativo que animó la “cruzada” franquista.²

No obstante, sería sólo después de la victoria de la coalición conservadora que esta postura alcanzaría un grado de violencia sistemática que no habría de exceptuar a ninguna de las organizaciones que habían brindado su apoyo a la efímera República española.

En efecto, como se recordará, el golpe montado por el coronel Casado contra el gobierno de Negrín –quien presidió la disolución final de la República española– fue lanzado como un intento desesperado por alcanzar una paz negociada con el bando “nacional”.

Dichas esperanzas fueron alentadas por las seguridades ofrecidas a Casado por los agentes de Franco, en el sentido de que una rendición

¹ Véase Jay Allen, “Blood Flows in Badajoz” en Valentine Cunningham (ed.), *Spanish Front. Writers on the Spanish Civil War*, Middlesex, Penguin, 1986, pp. 103-107.

² Paul Preston “The Agrarian War in the South” en Paul Preston (ed.), *Revolution and War in Spain., 1931-1939*, Londres, Methuen, 1984.

inmediata de la República evitaría represalias. Además, los emisarios de Franco prometieron que figuras políticas comprometidas, todavía en territorio español, podrían ser evacuadas por el puerto de Alicante, con la garantía de diplomáticos extranjeros, y sin la interferencia de las tropas victoriosas.

Como resultado del golpe dentro de zona republicana, estos ofrecimientos se desvanecieron. Con los barcos en la bahía, listos para evacuar a los refugiados, Franco anunció que toda tentativa en ese sentido sería considerada por su gobierno como un acto de hostilidad.

De esta manera, abandonados una vez más por la capitulación de los representantes extranjeros, principalmente los de Francia –los vencidos serían entregados al nuevo Estado:

Cuando Alicante fue ocupado por la División Littorio [...] había en la ciudad 30 000 refugiados. El terror se apoderó entre los hombres, mujeres y niños que allí se hallaban concentrados; numerosos suicidios tuvieron lugar, y los testimonios sobre esos momentos son terribles y dramáticos; los refugiados habrían de acabar en los campos de concentración de Albatera, Los Almendros y en la plaza de toros de Alicante. Ésta sería la primera fase de la represión –la última para muchos, puesto que las ejecuciones por fusilamiento, comenzaron enseguida.³

Mediante una ley de “responsabilidades políticas” –promulgada el 13 de febrero de 1939 por el nuevo régimen–, la represión contra los vencidos sería plenamente legitimada. Cientos de miles –la cifra exacta todavía está en discusión– fueron llevados a los campos. En ese sentido, las cifras presentadas por el historiador estadounidense Gabriel Jackson de 200 000 muertos por ejecución o enfermedad en estos mismos campos (1939-1943) parecen, hasta ahora, las más verosímiles.⁴ El decreto, que declaraba fuera de la ley a todas las organizaciones de inclinaciones izquierdistas, e incluso liberales, y que proscibía toda actividad política fuera del Movimiento Nacional o partido único del franquismo, significó que todos los fondos, propiedades e infraestructura que no hubieran salido del país o hubieran sido ocultadas serían confiscadas por el nuevo Estado.

Con las organizaciones completamente desmanteladas, sus militantes presos, ejecutados o en el exilio, y un ambiente envenenado de

³ Valentina Fernández Vargas, *La resistencia interior en la España de Franco*, Madrid, Ediciones Istmo, 1981, p. 41.

⁴ Gabriel Jackson, *The Spanish Republic and the Civil War, 1931-1939*, Princeton, Princeton University Press, 1965 (véase apéndices).

desolación y persecución presidiendo el periodo, resulta difícil hablar de una oposición organizada hacia el fin de la guerra española. La represión política no era exactamente un fenómeno nuevo en la historia de España, y no obstante las duras condiciones que seguirían a la victoria de los nacionales en abril de 1939, serían inéditas en la memoria del pueblo español.

Un Estado policiaco al estilo de los regímenes totalitarios de la Alemania nazi o la Italia fascista emergería de las cenizas de la guerra civil. Así, por ejemplo, viajar dentro de España sin un salvoconducto o pasaporte interno se convertiría en un delito severamente castigado. El correo fue muy censurado, y se hizo imposible cualquier intento de establecer comunicación con antiguos simpatizantes dispersos por doquier, en tanto que todo tipo de reunión que congregara a más de tres personas podía ser considerada por la recién establecida Brigada Política y Social del régimen como un "acto de rebeldía contra el Estado". Así, el nuevo orden hallaría una fuente valiosa de ayuda en su lucha contra la oposición en una ubicua disposición de las masas a denunciar opositores reales o ficticios; disposición que tenía motivaciones tan diversas como ocultar el propio pasado, pequeños enconos o venganzas entre vecinos, o aun la posibilidad de simpatizar con las nuevas autoridades.⁵

Esto es crucial si queremos entender las condiciones en que surgió la primera oposición y en las que hubo de operar, las que lejos de relajarse en los años siguientes habrían de agravarse con la llegada de la hambruna generalizada y la guerra mundial.

Por otro lado, hubo quienes pudieron escapar de los horrores del nuevo régimen. Se calcula que no menos de 250 000 personas dejaron España para vivir el exilio, principalmente en Francia y América Latina.⁶ Los exiliados debieron preocuparse por las necesidades más apremiantes de conseguir documentos migratorios o evadir los horrores de los campos de concentración —establecidos por el gobierno francés para controlar los flujos de refugiados— antes de soñar con reconstruir sus organizaciones. En medio de la confusión que rodeó esta diáspora, surgirían amargas disputas y recriminaciones acerca del papel jugado por cada organización en la derrota última de la República. Estas disputas degeneraron en un abierto enfrenta-

⁵ Víctor Alba, *La oposición de los supervivientes*, Barcelona, Planeta, 1978, pp. 157-159.

⁶ Raymond Carr, *The Spanish Tragedy, the Civil War in Perspective*. Londres, Weidenfeld and Nicholson, 1977, p. 248.

miento entre los seguidores de Juan Negrín y los partidarios de Indalecio Prieto.

Inhabilitado por su dispersión, su vulnerabilidad y sobre todo por su falta de unidad, el exilio español presenciaría el desplome de la legitimidad republicana cuando Diego Martínez Barrios eludió su deber constitucional, como presidente de las Cortes, de asumir la presidencia de la República después de la renuncia de Manuel Azaña a ésta.⁷

El estallido de la segunda guerra mundial sólo agravó las condiciones enfrentadas por el exilio. Sin embargo, irónicamente, al principio trajo un poco de alivio, ya que una de las primeras repercusiones de la declaración francesa de guerra a Alemania sería la apertura de los campos de concentración y la incorporación de los refugiados españoles en el esfuerzo bélico, tanto en el ámbito de la producción como en la Legión Extranjera.

No obstante, las rápidas victorias logradas por los ejércitos de Hitler resultaron en la ocupación de la porción oriental francesa y la transformación del restante territorio francés en un Estado títere encabezado por el mariscal Petain.

De mayo de 1940 a junio de 1944, el exilio español habría de enfrentar la enemistad y el hostigamiento del nuevo gobierno francés, de lo que se derivó la entrega de muchas de sus más prominentes figuras a las autoridades franquistas, o secuestros —que a menudo eran seguidos por ejecuciones— llevados a cabo por la Gestapo o las propias autoridades de Vichy. Durante estos años ominosos, virtualmente todas las organizaciones en el exilio cesaron de existir como tales. Aquellas que lograron sobrevivir a la represión lo hicieron tan sólo nominalmente, sin ningún impacto o relevancia para los desarrollos que tuvieron lugar dentro de la propia España.

Por lo que respecta específicamente a las organizaciones anarquistas españolas —que eran la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), la Federación Anarquista Ibérica (FAI) y la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL)—, éstas habían no sólo cedido sus respectivas autonomías desde 1937 a un órgano ejecutivo de coordinación, el Movimiento Libertario Español (MLE), sino que lo habían hecho con el fin de unirse al gobierno republicano de coalición formado en noviembre de 1936 con el fin de fortalecer el esfuerzo bélico contra el fascismo.⁸

⁷ Hartmut Heine, *La oposición política al franquismo*, Barcelona, Crítica, 1983, pp. 28-33.

⁸ Hugh Thomas, *The Spanish Civil War*, Londres, Eyre & Spottiswoode, 1961, pp. 471-472.

El extraño espectáculo de cuatro ministros anarquistas –en lo que equivalía a una flagrante contradicción con los principios más reverenciados del Movimiento Libertario, esto es, la abolición de la autoridad organizada y el rechazo a la política– provocó amplio descontento y oposición entre la participación más radical que presenciaria impotente la militarización de sus cuadros y la supresión de la revolución en Cataluña y Aragón.⁹

Con la derrota de la República esta fatal decisión habría de dar lugar a amargos enfrentamientos entre quienes abogaban por el seguimiento de políticas de colaboración en las nuevas condiciones de lucha, y aquellos que querían un regreso a los principios fundamentales de apoliticismo y revolución.¹⁰ La caída de Barcelona, que antecedió por tres meses el colapso final de la República, provocó el retiro prematuro de la dirigencia del Movimiento de la confrontación civil.

Una vez en el exilio, el 25 de febrero de 1939, el denominado Consejo Nacional del Movimiento Libertario Español sería constituido por la dirigencia exiliada, sin mandato alguno de las bases, bajo la dirección de Mariano Vázquez –quien había fungido como último secretario general de la CNT dentro de España–, con la urgente tarea de asistir la evacuación de tantos militantes libertarios como fuera posible, así como para estrechar aún más los lazos entre las organizaciones previamente autónomas del Movimiento.¹¹

LA CNT DENTRO DE ESPAÑA (1939-1945)

Resulta sorprendente que en medio de un clima de represión sistemática y feroz pudiera aparecer siquiera la menor oposición al régimen franquista. Mucho más sorprendente si tomamos en cuenta que lo hizo casi apenas finalizada la guerra civil española. Si bien las acciones de esta oposición se verían necesariamente limitadas por las condiciones de terror prevalecientes a meros hechos simbólicos, estas acciones tendrían el mérito de mantener la presencia del Movimiento en los momentos más difíciles de la dictadura franquista, y en conse-

⁹ Ronald Fraser, “The Popular Experience of War and Revolution” en Paul Preston, *Revolution and War in Spain*, *op. cit.*, pp. 225-242.

¹⁰ Pierre Malerbe, *La oposición al franquismo*, Madrid, Ediciones Naranco, 1977, pp. 20-21.

¹¹ Hugh Thomas, *op. cit.*, p. 889, y Hartmut Heine, *op. cit.*, p. 56.

cuencia, sentaron las bases para planes más ambiciosos. En este sentido, esta fase ha pasado a ser conocida como la “oposición de los supervivientes”.

El proceso de reorganización del Movimiento Libertario que siguió al final de la guerra difícilmente involucró objetivos políticos o acciones de resistencia. De manera harto comprensible, las actividades de los residuos dispersos de lo que alguna vez fue la central sindical más importante de España, la CNT, se limitaron a las apremiantes tareas de la supervivencia y la recuperación.

La solidaridad práctica fue ciertamente el principal impulso del que surgieron los primeros intentos por recrear la organización. Mediante asambleas furtivas se recaudaban fondos para ayudar a familias de presos políticos, o para pagar las fianzas de los elegibles. Cientos, quizás miles fueron ocultados por militantes menos conocidos de la represión franquista.

Otras acciones de la oposición anarquista de los primeros días consistían en la pinta de graffiti políticos contra el régimen, así como la distribución clandestina de volantes propagandísticos. Con la ventaja que nos da la perspectiva histórica, estas acciones pueden parecer irrelevantes. No obstante se debe tener presente, antes de descalificarlas en semejantes términos, que tales minucias podían terminar en la muerte violenta de aquellos que se atrevían a llevarlas a cabo.

En cualquier caso se puede decir que los primeros intentos por reorganizar la CNT tuvieron lugar en las prisiones franquistas, donde actividades tales como la elaboración y circulación de “periódicos” —que intentaban informar o levantar la moral de los prisioneros—, o bien el establecimiento de comités clandestinos, comenzaron a funcionar tan pronto como aquéllos llegaron a los campos de prisión.¹²

Dichos esfuerzos por recrear la organización, aun en las condiciones más precarias, habrían de resultar fructíferos para acontecimientos posteriores, pues la confusión que rodeó los primeros días del franquismo, combinada con la falsificación de documentos llevada a cabo por varios anarquistas que se encontraban todavía libres, permitiría la liberación de muchos militantes de los campos de prisión.¹³ Adicionalmente, una disposición fijada por el propio régimen —se determinó la liberación de todo menor de edad sobre quien no pesara

¹² Víctor Alba, *Historia de la resistencia antifranquista*, Barcelona, Planeta, 1978, pp. 17-19.

¹³ Hartmut Heine, *op. cit.* p. 53.

una acusación claramente definida-, contribuiría a la disposición de los libertarios para reiniciar la lucha.¹⁴

Estos acontecimientos permitirían el establecimiento, increíblemente temprano, del primer Comité Nacional de la CNT dentro de España, a sólo cuatro meses del fin de la guerra civil. El puesto de secretario general de la organización rediviva habría de recaer en la figura legendaria de Esteban Pallarols, quien había sido uno de los presos liberados gracias a las actividades libertarias de falsificación de documentos.

Poco se sabe de este primer comité clandestino, ya que no se conserva ningún documento importante de la época. Lo cierto es que el Comité habría de tener uno de los éxitos más callados, pero eficaces de la oposición anarquista a la dictadura de Franco: el establecimiento de redes clandestinas de escape a través de los Pirineos, por medio de las cuales un sinnúmero de personas fueron liberadas de una muerte segura.

Estas líneas de ayuda, que existieron en gran medida gracias al trabajo de Francisco Ponzán, habrían de funcionar durante años y después del estallido de la segunda guerra mundial, en ambas direcciones de la frontera hispano-francesa, para llevar a víctimas potenciales del nazismo a un refugio seguro en Portugal.¹⁵

Con el fin de operar eficazmente, estas líneas requerían de una compleja infraestructura, no sólo para salvar los considerables obstáculos geográficos inherentes a la empresa, sino para esquivar también la continua persecución a la que estaba sometida la sociedad española de la época. El hecho de que esta infraestructura haya existido y operado por un tiempo relativamente largo, dice mucho acerca del alto grado de organización logrado por aquellos pocos que se atrevieron a involucrarse en estas actividades.

El Comité Nacional ayudó efectivamente a las actividades ilegales de Ponzán, mediante el establecimiento de un negocio –Frutera Valenciana– que, bajo el aspecto de una empresa exportadora de frutas, encubría el punto de llegada de muchos militantes provenientes de regiones distantes.¹⁶

Durante algún tiempo, el Comité de Pallarols sería capaz de falsificar con éxito un sinnúmero de documentos, tales como salvoconductos,

¹⁴Juan M. Molina, *El movimiento clandestino en España 1939-49*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1976, pp. 51-52.

¹⁵Véase Antonio Téllez, *Facerías Guerrilla Extraordinary*, Londres, Elephant Editions, 1985, p. 18, y Juan M. Molina, *op. cit.*, pp. 42-43.

¹⁶Juan M. Molina, *op. cit.*, p. 44.

“avales” y órdenes de excarcelamiento. Por medio de estas actividades, un número de perseguidos imposible de determinar, pudo ser liberado de los campos de prisión y trasladado a Francia, con la ayuda del grupo de Ponzán y otros semejantes que trabajaban de enlaces en la frontera.

Otras actividades del primer Comité Nacional incluyeron el establecimiento de contactos con grupos dispersos de libertarios en Aragón, Cataluña y El Levante. Estos contactos apuntaban a la reconstrucción de la CNT en condiciones clandestinas, aprovechando el arraigo de la tradición democrática y los hábitos de organización de la militancia libertaria española.

No obstante, el momento más memorable que involucró la participación de este Comité –y el que indudablemente tendría las implicaciones más duraderas para acontecimientos posteriores– fue el envío de una comisión para negociar la concesión de ayuda económica a la organización clandestina por parte del Consejo del Movimiento Libertario Ibérico en el exilio.

En efecto, Génesis López y Manuel Salas viajarían en septiembre de 1939, con la ayuda del grupo de Ponzán, a Francia, donde sostendrían una reunión con Germinal Esgleas –quien acababa de ser elegido secretario general del Consejo tras la muerte de Mariano R. Vázquez–, Federica Montseny y otros miembros del Consejo. En esta reunión, López describió la dramática situación que prevalecía dentro de España, así como las severas limitaciones económicas enfrentadas por la organización para continuar sus actividades. A pesar del dramatismo de sus peticiones, López recibiría solamente 10 000 francos, suma que no serviría ni siquiera para cubrir los gastos de regreso a España de esa comisión.¹⁷

Mientras tanto, dentro de España el primer Comité Nacional cayó víctima de la represión. Pallarols fue arrestado en diciembre, y la red secreta de escape montada por la CNT, desmantelada por los agentes de Franco. Sin embargo, inmediatamente después, un segundo Comité Nacional fue establecido bajo la dirección de Manuel López, quien había sido el último secretario general del Subcomité Nacional de la CNT al final de la guerra.

Menos aún se sabe acerca de este comité, que en cualquier caso duró escasos tres meses, como resultado de la hospitalización urgente de López en una clínica para tuberculosos, donde habría de morir poco después.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 66-67. Véase también Valentina Fernández Vargas, *op. cit.*, pp. 112-113.

Luego de escapar de prisión, con la ayuda de un aval falso, López creó una comisión de relaciones anarquistas que tenía por objeto establecer nexos con grupos afines dispersos, y que tal vez después de la caída del Comité de Pallarols se transformó en uno nacional. Las actividades realizadas por el primer comité fueron continuadas, y aparentemente se publicó y circuló un boletín de la organización.¹⁸

En cualquier caso, ninguna de estas actividades ni los nombres que acompañaban a las formas de organización del Movimiento Libertario, no importa qué tan minúsculas, debieran engañarnos en relación con la situación desesperada que enfrentaban no sólo los anarquistas sino toda la oposición antifranquista. Durante 1939-1940, la oposición anarquista limitó sus actividades a su reorganización y a ayudar a aquellos que se encontraban presos u ocultos. No existían todavía los medios para imprimir o distribuir prensa clandestina. Operar públicamente era suicida. No había dinero ni armas, y los grupos que se habían formado eran demasiado pequeños. En el mejor de los casos, no había más de algunos cientos de militantes operando algún tipo de organización incipiente fuera de las prisiones españolas en aquellos años.¹⁹

Pese a estas severas limitaciones, el Movimiento Libertario sería capaz de mantener una presencia continua, incluso bajo la más intensa represión. De 1939-1943, seis comités nacionales fueron desmantelados por la Brigada Política y Social, con lo que se derribó como castillo de arena lo poco que se había logrado construir. Sin embargo, en cada caso fueron remplazados automáticamente por un nuevo comité nacional, hecho que revela los potenciales que la organización tuvo y estuvo a punto de materializar en los dos años siguientes.

En algún momento, en marzo de 1940, Celedonio Pérez se hizo cargo del secretariado general de la CNT, como consecuencia de la enfermedad de López. Bajo la égida de Pérez, el Movimiento Libertario preparó y pretendió llevar a cabo la que sería su acción más ambiciosa: el asesinato de Franco.

Según Eliseo Bayo,²⁰ un grupo fue organizado y enviado a Madrid, donde supuestamente atacó con ametralladoras y cocteles Molotov a la

¹⁸ Juan M. Molina, *op. cit.*, p. 91.

¹⁹ Juan M. Molina, *Noche sobre España*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1958, pp. 138-139.

²⁰ Eliseo Bayo, *Los atentados contra Franco*, Barcelona, Plaza & Janés Editores, 1977, pp. 54-55.

comitiva de Franco, cuando ésta salía de la residencia oficial del dictador en el Prado. De nuevo, según Bayo, todos los atacantes “fueron muertos después de un largo intercambio”. Franco no viajaba dentro del coche sobre el que los francotiradores habían disparado originalmente.

Este episodio revela en sí mismo las dificultades inherentes al estudio del movimiento anarquista bajo la dictadura de Franco. La falta de información confiable sobre este periodo responde no sólo a las dificultades naturales impuestas por la clandestinidad –la cual evidentemente desalentaba la preservación de registros escritos–, sino también el hábito, común a todas las organizaciones de la oposición antifranquista, de magnificar sus acciones durante esos años. No obstante, el silencio guardado por el régimen durante gran parte de su existencia, frente a las acciones de la oposición –reflejado en la estricta censura de prensa y en la deliberada confusión de los informes policiales disponibles– hace igualmente difícil negarle crédito a algunos de los testimonios como el registrado líneas antes.²¹

En febrero de 1941, Celedonio Pérez fue arrestado con otros miembros del Comité Nacional de la CNT a raíz de una denuncia. Manuel Amil fue electo secretario general del cuarto comité, del cual no existe información relevante.

Con todo, de esta fase datan las primeras tentativas del régimen por integrar, mediante persuasión o coacción, a líderes anarquistas a la estructura sindical corporativa, establecida por el gobierno de Franco en abierta imitación al modelo fascista italiano: el llamado Consejo Nacional de Sindicatos.²² En mayo de 1941, un grupo de prisioneros libertarios accedió a iniciar pláticas con el Ministerio del Trabajo, a la sazón encabezado por José Antonio Girón, con el fin de formar un Partido Sindicalista (más tarde del Trabajo) semitolerado, lo que equivalió a la única escisión, si bien menor del Movimiento Libertario dentro de España. Esta farsa, patrocinada por el régimen franquista con el con-

²¹ Víctor Alba, *La oposición de los supervivientes*, op. cit., pp. 307-308.

²² Efectivamente, el CNS fue una calca del Concilio di Lavoro mussoliniano. Véase al respecto Shlomó Ben Ami, *La revolución desde arriba. España 1936-1979*, Barcelona, Riopiedras Ediciones, 1980. Como antecedente de colaboración entre los sindicatos españoles y una dictadura militar, existe la célebre alianza entre la Unión General del Trabajo (UGT), de orientación socialista, encabezada por Francisco Largo Caballero, y la dictadura de Miguel Primo de Rivera, en la segunda mitad de los años veinte. Véase E. Témime *et al.* en *Historia de la España contemporánea, desde 1808 hasta nuestros días*, Barcelona, Ariel, 1982, pp. 218 y 230.

curso de corrientes minoritarias dentro de la organización, se tornaría recurrente hasta 1947, cuando la idea del "partido" fue desechada ante el rechazo de la tendencia mayoritaria dentro de la CNT.²³

En suma, lo que se pretendía con ese plan era la conversión de la CNT en el aparato sindical del régimen, muy en el estilo en que la UGT había operado bajo la dictadura de Miguel Primo de Rivera una década antes. A cambio de este acuerdo, la CNT hubiera recibido teóricamente una amnistía general, así como el Ministerio del Trabajo.

Con la caída de Francia la situación para la oposición antifranquista se tornó desesperada, ya que los contactos con el exilio —que debió igualmente entrar en la clandestinidad bajo la ocupación alemana—, así como con el resto del mundo exterior, fueron abruptamente interrumpidos. La represión también habría de agudizarse, como resultado de la política de colaboración seguida por el gobierno de Vichy y las autoridades de la ocupación con el régimen de Franco, que se tradujo en la extradición de varios prominentes antifascistas.²⁴

De esta forma, en julio de 1942, el dirigente anarquista Joan Peiró —quien había fungido como ministro de Comercio en el gobierno de Largo Caballero (1937)— fue entregado al gobierno español por la Gestapo que operaba en Francia, y posteriormente ejecutado en Valencia.²⁵ Un año más tarde, Esteban Pallarols también sería ejecutado, después de ver conmutada su condena original de 18 años de prisión por la de pena de muerte dictada por una corte militar en Gerona.²⁶ En este periodo, aparentemente, varios militares cayeron en manos de la policía política del franquismo, si bien existen diversas versiones, a menudo contradictorias, acerca de la manera en que tuvieron lugar los arrestos. Las distintas fechas acordadas por Molina (1940) y Malerbe (1946) para ubicar el momento de la muerte de Pallarols, son otro ejemplo de la situación antes descrita, que dificulta y oscurece la reconstrucción histórica de la oposición antifranquista.²⁷

En aquellos años, de cualquier manera, el movimiento clandestino sería capaz de mantener su presencia organizativa, con comités regionales

²³ Víctor Alba, *Historia...*, *op. cit.*, p. 122, y Valentina Fernández Vargas, *op. cit.*, p. 118.

²⁴ Recuérdese los casos de Lluís Companys (1883-1940), presidente de la *Generalitat* catalana, o Julián Zugazagoitia, ministro del Interior, deportados por la Gestapo y fusilados en España.

²⁵ Hugh Thomas, *The Spanish Civil War*, p. 925.

²⁶ Cf. Hartmut Heine, *op. cit.*, p. 58, y Fernando Jáuregui y Pedro Vega, *Crónica del antifranquismo*, Barcelona, Argos Vergara, 1983, p. 279.

²⁷ Cf. Molina, *op. cit.*, p. 78, y Malerbe, *op. cit.*, p. 49.

en funciones, en Madrid, Aragón, El Levante y Cataluña. Si bien las actividades de la organización siguieron dirigiéndose esencialmente a la excarcelación de tantos militantes como fuera posible, comenzaron a llevarse a cabo acciones de corte político y sindical.²⁸ Esta continuidad permitiría crecer a la organización, a pesar del clima represivo, y generar una línea de acción espoleada por la ofensiva de los aliados.

En marzo de 1944, tuvo lugar una plenaria nacional de federaciones regionales, en la que Manuel Amil fue reelecto secretario general del VI Comité Nacional, del cual sobreviven dos informes, uno para la militancia en España, y el otro, dirigido a la organización recientemente reconstituida en el exilio. La última recoge la mayor parte de las resoluciones aprobadas por la plenaria, de las cuales las más importantes fueron la continuación de la política de colaboración con otras fuerzas antifascistas y la posibilidad de una salida monárquica a la dictadura.²⁹

Estas posiciones, que revelan un gran pragmatismo —que de muchas maneras se adelantó a la futura transición democrática española—, serían motivo de violentos desacuerdos dentro del Movimiento y, en última instancia, de una importante escisión.

La evolución de la organización clandestina habría de llevarla, en octubre de 1944, a convenir con el PSOE y el bloque de partidos republicanos en la formación de la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas (ANFD), que puede ser considerada como la iniciativa más importante tomada por la oposición antifranquista en casi 30 años.³⁰ En un informe enviado al exilio el Comité Nacional explicaba sus motivos en los siguientes términos:

Hemos acordado la firma de un compromiso público de acción inmediata que deberá servir como base para la constiuición de una Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas. Si existieron razones en julio de 1936 para olvidar nuestras diferencias, en 1944 son todavía más los motivos que aconsejan a favor de la continuación de nuestra colaboración con otros grupos.³¹

²⁸ Hartmut Heine, *op. cit.*, p. 238

²⁹ Diego Abad de Santillán, *Contribución a la historia del movimiento obrero español*, Puebla, Cajica, 1962, pp. 118-119, y Juan M. Molina, *op. cit.*, pp. 101-109.

³⁰ Paul Preston, "La oposición antifranquista" en *España en crisis*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976.

³¹ Citado en Juan M. Molina, *El movimiento clandestino en España.*, *op. cit.*, p. 106. Véase también Juan García Durán, *Por la libertad: cómo se lucha en España*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1956.

La ANFD surgió como un esfuerzo por salvar las diferencias que hasta entonces habían dividido al exilio y con el objeto de capitalizar el inminente aislamiento del régimen de Franco como consecuencia de las derrotas del Eje. La idea compartida por gran parte de la oposición antifranquista, en el sentido de considerar la guerra mundial como una mera prolongación del conflicto que había originado la guerra civil española, hizo que el exilio pusiera sus esperanzas en una posible ayuda de los aliados a la causa republicana. La ANFD no sería la excepción a estas ilusiones, como puede observarse en los propios puntos constitutivos del acuerdo, que incluían entre otras cosas la adhesión de España a la Carta del Atlántico.

Asimismo, el manifiesto introductorio de la Alianza se pronunciaba en los siguientes términos:

La democracia española, primera en derramar su sangre contra la locura nazi, que se encuentra del lado de las Naciones Unidas en espíritu verdadero, se encuentra cierta de que la victoria de los Aliados será la victoria de la Democracia, de todas las democracias nacionales[...]³²

Por otra parte, el manifiesto presentaba un plan detallado sobre los pasos que debían seguirse bajo un escenario posfranquista, e incluía la formación de un gobierno de transición que, con el concurso de todas las fuerzas antifascistas, prepararía el terreno para una elección democrática y el restablecimiento del orden legal interrumpido por la rebelión de 1936.

Otros puntos de interés contenidos dentro del manifiesto serían el “fincamiento de responsabilidades” a aquellos que, habiendo estado a cargo de la usurpación, hubieran cometido perjuicios y crímenes contra la humanidad, y la “preservación de la disciplina, social y pública, como toda la energía y firmeza necesarias”.

El manifiesto, que llegó a manos de más gente dentro de España que ningún otro impreso emitido antes de la oposición, concedería a la Alianza una imagen de seriedad y responsabilidad tal, que llevaría a muchos franquistas descontentos a intentar negociar con ella.

El aparato franquista comenzó a mostrar signos de nerviosismo como consecuencia del avance de los aliados sobre Berlín, y lo que percibía como una alternativa viable al gobierno del dictador puede ser ilustrado anecdóticamente por la oferta que el multimillonario contrabandista Juan March hizo a Sigfrido Catalá: un cheque en blanco a cam-

³² Víctor Alba, *Historia...*, *op. cit.*, pp. 149-151.

bio de ser informado con antelación de la caída del régimen.³³ Más importante, quizás, fue el hecho de que un considerable número de militares promonárquicos, encabezados por los generales Aranda y Kindelán, hayan entrado en contacto con la ANFD.³⁴

La CNT fue, no sólo el principal artífice de la Alianza, sino también su principal fuerza. Después de todo, el Movimiento Libertario había sido la primera organización en llevar a cabo un proceso medianamente exitoso de reimplantación dentro de España, y en reconocer la necesidad de formar una alianza antifranquista. Esta situación se reflejaría en la designación del propio Catalá como secretario general de la Alianza.³⁵

LA CNT EN EL EXILIO (1939-1944)

Como se vio anteriormente, el Consejo Nacional del Movimiento Libertario Español fue constituido en 1939 por la dirigencia cenetista en el exilio. Al principio, el consejo pudo mantener contacto con la militancia exiliada, que en su abrumadora mayoría se encontraba en los campos de concentración franceses. Con la derrota de Francia, en mayo de 1940, el consejo desapareció de escena o fue desestructurado por las fuerzas de ocupación alemanas, lo que dejó al movimiento disperso y sin guía.³⁶

Más de un año hubo de transcurrir antes de que se dieran los primeros intentos espontáneos de la militancia anarquista por reconstruir su organización en el exilio. El más exitoso tendría lugar en octubre de 1941, cuando un grupo de anarquistas españoles que trabajaban en la construcción de la presa L'Aigle, en el departamento francés de Cantal, eligieron un comité local con el fin de reorganizar el movimiento "confederal".

En esta primera etapa, las actividades de la incipiente organización se limitarían al establecimiento de vínculos con otros grupos dispersos de la CNT en Francia, y a evitar su absorción por la Unión Nacional Española (UNE), patrocinada por los comunistas españoles. En enero de

³³ *Ibid.*, p. 153.

³⁴ Enrique Marco Nadal, *Todos contra Franco. La Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas*, Madrid, Queimadas, 1982, pp. 113-116.

³⁵ Valentina Fernández Vargas, *op. cit.*, p. 112.

³⁶ José Berrueto, *Contribución a la historia de la CNT en el exilio*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1967, p. 262 y Antonio Téllez, *Facerías, op. cit.*, pp. 33-34.

1942, la Federación de L'Aigle tenía 80 miembros, organizados federalmente en ocho grupos, y había sido capaz de establecer contactos regulares con otros núcleos, a pesar de los riesgos que eso entrañaba.³⁷

Habiendo perdido toda esperanza de establecer contacto con el consejo, los distintos grupos acordaron enviar delegados a una sesión plenaria celebrada en Mauriac (Cantal) el 6 de junio de 1943. Dicha asamblea, que contó con la participación de 43 delegaciones, nombró a una comisión conjunta de relaciones, trasladó el cuartel general del movimiento a Montpellier y confió la redacción de una resolución a Juan M. Molina y Felipe Alaiz, que fue leída en la ceremonia de clausura.

La resolución, que defendía no sólo la colaboración con las alianzas antifranquistas sino la participación en elecciones una vez que "el problema español haya sido resuelto", fue adoptada tres meses después en una segunda sesión plenaria, celebrada en Tourniac (Cantal). No obstante, su aprobación daría lugar a los primeros descontentos entre la militancia más radicalizada, que rechazó enteramente el informe, al que calificó de "revisionista".³⁸

La disidencia pronto hallaría una expresión organizativa propia, con la creación de otro comité en Beziers (Herault), bajo la égida de Batista Albesa, quien cuestionó no sólo la resolución sino también la pretensión del llamado Comité de Relaciones del MLE de ser la dirigencia suprema de la organización en el exilio. Otro motivo de controversia entre ambos comités tuvo lugar tras la decisión del primero de ayudar a la resistencia francesa, en tanto que el segundo prefería considerar la guerra mundial como una disputa intestina del capitalismo internacional, totalmente ajena a las aspiraciones y expectativas de la clase trabajadora.

El Comité de Beziers, que se tenía a sí mismo como el depositario de la pureza doctrinaria de la organización, encontraría una valiosa fuente de apoyo en las inclinaciones revolucionarias de la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL), federación que también había comenzado su proceso de reorganización.³⁹

Otras voces discordantes pronto se harían oír desde Burdeos, donde se había establecido un Comité Regional de Coordinación y Relaciones, con el fin de promover el resurgimiento de la CNT en la zona

³⁷ José Berruezo, *Contribución...*, *op. cit.*, pp. 31, 36 y 42.

³⁸ *Ibid.*, p. 50, y Antonio Téllez, *Facerías...*, *op. cit.*, pp. 34-35.

³⁹ César M. Lorenzo, *Les anarchistes espagnols et le pouvoir*, Paris, Seuil, 1969, pp. 350-353.

ocupada. En este caso, su descontento apuntaba específicamente a la resolución de Molina y no al Comité de Montpellier.⁴⁰

Por un tiempo, sin embargo, el sentido común pareció prevalecer y ambos comités, el de Beziers y el de Montpellier, decidieron celebrar conjuntamente una sesión plenaria de todas las federaciones regionales de que se tuviera conocimiento. Esta asamblea tuvo lugar en Murat (Haute Garonne) el 1 de marzo de 1944, y su primera determinación fue la fusión de ambos grupos dentro de una organización única, bajo la dirección de Francisco Carreño.

Entre otras resoluciones adoptadas en la asamblea, destaca la "reafirmación de los principios y tácticas del Movimiento Confederal". Esto significaba que los apolíticos podían ejercer represalias contra los colaboracionistas desde su nueva plataforma de acción: el subcomité de la zona ocupada.

No obstante, los colaboracionistas, dirigidos por Molina, parecieron haber tomado la ventaja en esta pugna, ya que a finales de agosto el nuevo comité celebró varias entrevistas con representantes de la UGT, durante las cuales se acordó la formación de un comité conjunto de ambas organizaciones sindicales. En esta misma dirección, emisarios del PSOE sostuvieron pláticas con representantes de los sindicatos anarquistas y socialistas destinadas al establecimiento de una alianza antifascista.⁴¹ Es importante señalar que, al mismo tiempo, un intento semejante, si bien más exitoso, tuvo lugar dentro de España.⁴²

En octubre se celebró una nueva plenaria de federaciones regionales en Toulouse, con la participación de delegados de todas las federaciones que se habían fundado bajo la ocupación alemana. En dicha reunión, los colaboracionistas parecieron haber obtenido el control de la organización, no sólo porque se aprobó una serie de resoluciones "políticas", sino porque los principales colaboracionistas fueron electos para los puestos clave del nuevo Comité Nacional, incluyendo la propia Secretaría General que recayó en la figura de Juan M. Molina.

⁴⁰ Hartmut Heine, *op. cit.*, pp. 306-307.

⁴¹ José Berruezo, *op. cit.*, p. 206.

⁴² Juan García Durán, *Por la libertad: cómo se lucha en España*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1956, pp. 75-80. En este libro se explica la postura de la CNT interior, que opinaba que la guerra civil no había concluido y que, por ende, era indispensable volver a establecer un frente común de organizaciones antifascistas, idea que inspiraba horror a las corrientes puristas, mayoritarias en el exilio francés, que como se ha visto se arrogaban el papel de custodios de la doctrina del movimiento.

De entre las resoluciones que allí fueron aprobadas, cabe destacar el compromiso expreso de colaborar con otras organizaciones antifascistas, e incluso de participar en un futuro gobierno. Para avanzar en estas iniciativas los colaboracionistas podían contar con la fe comúnmente profesada en los aliados, sostenida en forma optimista por todas las organizaciones exiliadas de la oposición antifranquista.

A pesar del pragmatismo mostrado por los colaboracionistas en sus tentativas de buscar una salida a la dictadura, su línea de acción implicaba una contradicción flagrante con los principios que daban sustento al Movimiento Libertario, por lo que cabía esperar perfectamente que se provocara el antagonismo dentro de sus filas.

El rechazo a los colaboracionistas, encabezado hasta ese punto en forma predominante por la FIJL, recibiría un impulso considerable con la súbita resurrección del Consejo del MLE dirigido por Germinal Esgleas. Después de cuatro años de silencio, y habiendo estado ausentes del proceso de reorganización del movimiento, los viejos líderes regresaban, afirmando ser el único cuerpo representativo del anarquismo español.

Inmovilizado por las acusaciones que le lanzaban sus detractores en el sentido de haber abandonado la organización clandestina que operaba dentro de España al momento de las negociaciones de Génesis López,⁴³ el consejo no podía esperar imponer sus pretensiones sin dificultad. Con todo, fue el propio Comité Nacional el que despejaría el camino al consejo al proponer una entrevista con Esgleas.

Esgleas no desperdició la oportunidad ofrecida por el Comité Nacional, y procedió a atacarlo antes que a responder las acusaciones vertidas por su desempeño anterior. De esta forma, en una carta escrita en diciembre de 1944 y dirigida al "auto proclamado Comité Nacional", Esgleas llegó al extremo de condicionar la celebración de la entrevista a una previa reafirmación de los principios y tácticas que la CNT había adoptado en los congresos de Madrid y Barcelona en 1931, lo que implicaba la renuncia a cualquier tipo de compromisos o alianzas con otros grupos, y la revalidación de la postura antagonista de la organización respecto del "Estado y toda forma de poder".⁴⁴ Esgleas siguió su diatriba y condenó violentamente la colaboración del comité con "fuerzas que han sido tradicionalmente hostiles al pueblo".

A pesar de tales afrentas a su autoridad y al mandato que le había otorgado la mayoría de la base anarquista en cuanto a la política de co-

⁴³ *Ibid.*, p. 263.

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 271-272.

laboración antifascista, el Comité Nacional cedió de nuevo al readmitir a Esgleas y a Federica Montseny dentro de la CNT, a cambio de la disolución del consejo dentro de una plenaria celebrada en Toulouse del 25 al 28 de febrero de 1945. Heine ha intentado explicarse esta decisión, aparentemente absurda, especulando con que los colaboracionistas pudieron no haberse sentido muy fuertes para competir con la antigua dirigencia de la organización.⁴⁵

Sea como fuere, tal decisión despejó el camino para una revuelta de los apolíticos contra la línea colaboracionista en vísperas del primer Congreso de Federaciones Locales, convocado para el mes de mayo de 1945.

LA ENCRUCIJADA (1945-1947)

Si bien es cierto que la CNT había sido la organización política más duramente reprimida por la dictadura, igualmente cierto es el éxito obtenido por dicho movimiento en sus esfuerzos por tener una presencia organizativa permanente dentro del territorio español.

El año de 1944 había concluido con una redada de la policía franquista contra el Comité Nacional que incluyó el apresamiento de su máximo líder, Manuel Amil, así como la detención de varios representantes de la ANFD, algunos días después.⁴⁶ A un ritmo de casi cada tres meses, todo un comité nacional caía en manos de la eficaz Brigada Política y Social. No obstante, en 1945 el movimiento se encontraba todavía en pie y presidiendo una alianza antifranquista crecientemente importante. Coalición que, se creía entonces, tenía amplias posibilidades de conseguir sus metas.

Por lo que respecta al exilio, a pesar de sus divergencias, la CNT había sido capaz de establecer una estructura federal que incluía a más de 20 000 militantes. Ambas ramas, la clandestina y la exiliada, habían seguido cursos similares de crecimiento, que paradójicamente habrían de llevar al movimiento a una ruina completa.

En mayo de 1945, el primer Congreso de Federaciones locales tuvo lugar en medio de un ambiente de optimismo alimentado por la inminente derrota de las potencias del Eje. Este optimismo se veía particularmente reflejado en la irrealidad de los temas que allí se debatieron.

⁴⁵ Hartmut Heine, *op. cit.*, p. 309.

⁴⁶ Juan M. Molina, *El movimiento clandestino en España, op. cit.* p. 309.

Las discusiones se centraron en cuestiones tales como la estructura que las colectividades futuras habrían de asumir en la “nueva sociedad”, en vez de lidiar con la más acuciante de cómo se iba a derribar la dictadura.⁴⁷

Las diferencias entre apolíticos y puristas dominaron el Congreso, y a menudo degeneraron en debates virulentos. Aun cuando se le había otorgado al Comité Nacional, al menos teóricamente, la suprema autoridad del movimiento, al final, la tesis de la colaboración sería desechada, ya que el noveno punto del congreso resolvía “ratificar sus principios y tácticas y continuar su línea revolucionaria y antiestatal”.

Asimismo, los apolíticos aseguraron el control de la organización con la victoria abrumadora de Esgleas y su grupo en la elección a los cargos ejecutivos, dentro de un proceso caracterizado por sórdidas prácticas de regateo, en el que los esgleístas compraban votos con dinero falso proporcionado por el célebre falsificador Laureano Santos Cerrada.⁴⁸

La composición del nuevo comité reflejó, aún más que la resolución, la victoria de los apolíticos o puristas: Germinal Esgleas, secretario general; Federica Montseny, Miguel Chueca y Juan Sans Sicart ocupaban todos los puestos de la Ejecutiva. Resulta paradójico que todos ellos se hayan presentado a sí mismos como los adalides de la pureza del ideal ácrata, después de haber servido como ministros o funcionarios públicos bajo la República. Molina, quien había quedado en segundo lugar en la votación después de Esgleas, declinó a ser incluido en el nuevo comité. Eduardo Val, el único colaboracionista que pertenecía al comité, renunció a su puesto días después de ser nombrado.⁴⁹

⁴⁷ Hartmut Heine, *op. cit.*, p. 312.

⁴⁸ A este personaje del anarquismo español se le atribuyen historias increíbles, como haber robado a principios de los sesenta las planchas donde se imprimían los billetes del Banco de España en Milán, Italia, y posteriormente haber inundado el mercado internacional de pesetas falsas. Otras hazañas, mitad verdad, mitad leyenda, que se le han atribuido incluyen el envenenamiento masivo de productos enlatados y conservas españolas con el fin de hundir la economía de la dictadura, así como un atentado fallido contra Franco en San Sebastián, durante el desfile conmemorativo de la victoria, de 1963, desde una avioneta Cessna, previamente acondicionada como bombardero. Aparentemente, una escuadra de la Fuerza Aérea española salió a interceptarlo, por lo que Santos Cerrada tuvo que regresar a territorio francés y aterrizar de urgencia en Saint Jean de Luz. Santos Cerrada murió asesinado en circunstancias todavía no aclaradas en las calles de París, un par de meses antes de la muerte de Franco, en 1975. Véase Eliseo Bayo, *op. cit.*, y Víctor Alba, *Historia...*, *op. cit.*

Por lo que hace a la votación del Congreso, el conteo final arrojaría 20 000 votos en favor de Esgleas contra 6 000 para los “políticos”. Véase Pierre Malerbe, *op. cit.*, p. 56. Para la compra de votos en el Congreso, véase Hartmut Heine, *op. cit.*, p. 312.

⁴⁹ Hartmut Heine, *op. cit.*, p. 315.

Mientras tanto, dentro de España, el Comité Nacional convocó a una Plenaria de Delegados Regionales, programada para el mes de julio, bajo el más absoluto secreto, en el suburbio madrileño de Carabana. El hecho de que tanta gente pudiera ser trasladada en forma clandestina desde diversos puntos de la geografía española habla por sí mismo del alto grado de organización alcanzado por el movimiento clandestino.⁵⁰

La plenaria, que comenzó el día 12, pareció seguir el camino señalado por su contraparte en el exilio. En efecto, una de las primeras determinaciones adoptadas en Carabana fue la designación de César Broto Villegas como secretario general de la CNT, después de la renuncia forzada de José Expósito Leiva, que acababa de ser nombrado para ese puesto. Leiva había propuesto anteriormente la creación del Partido Libertario, que fue llanamente rechazada por la mayoría de los delegados asistentes como contraria al propio espíritu del movimiento.⁵¹

El mismo excesivo entusiasmo motivado por la situación internacional que había desbordado el Congreso de París, llevaría a la Plenaria de Carabana a desairar cualquier acercamiento con los monárquicos. Efectivamente, la plenaria resolvió que ninguna participación en la alianza podía darse con las fuerzas de la derecha, y que había que considerar sólo a aquellas organizaciones de la izquierda que habían luchado contra Franco. Otra resolución concedía a la ANED la autoridad como único marco representativo de la oposición antifranquista, y como gobierno de facto de la nueva España democrática, mientras negaba autoridad a “todo gobierno o pseudo gobierno que pueda existir, o surja, en el exilio”.⁵²

Sin embargo, esta línea de acción probaría ser efímera cuando nuevos acontecimientos que estaban teniendo lugar en el exilio americano cambiaron dramáticamente el curso de la oposición antifranquista. En efecto, tan sólo un mes después de que la Plenaria de Carabana hubiera tenido lugar, se formó un gobierno republicano en el exilio, con sede en México, bajo la presidencia de José Giral, quien solicitó la participación y cooperación de todas las fuerzas antifascistas. Poco antes, una nueva reunión de dirigentes libertarios decidió, tras algunas vacilaciones, desechar la resolución de no reconocer a ningún gobierno

⁵⁰ Juan M. Molina, *El movimiento clandestino...*, op. cit., p. 125.

⁵¹ Hartmut Heine, op. cit., pp. 298-299, y Molina, *El movimiento clandestino...*, op. cit., pp. 130-131.

⁵² Juan M. Molina, *El movimiento clandestino...*, op. cit., p. 126.

formado en el exilio. Las razones alegadas para tan abrupta determinación se fundaban en la creencia de que el gobierno sería provisional y subordinado a la ANFD, así como en el deseo expreso de la dirigencia cenetista de no alinear al PSOE en la alianza.⁵³ Así, la CNT envió a Giral una lista de cuatro candidatas (Federica Montseny y Horacio Martínez Prieto, en representación del exilio, y José Sancho y José Expósito Leiva, en representación de la organización clandestina), para que él eligiera a dos como ministros de su gobierno. La elección de Giral recayó en Leiva y Prieto. Esto fue suficiente para exacerbar las tensiones existentes dentro de la organización.

Para fines de septiembre Esgleas convocó al Comité Nacional y a los delegados regionales de la organización en el exilio, para informarles acerca de los acontecimientos recientes en México y para conseguir su apoyo para aprobar una moción de censura contra la dirigencia de la organización clandestina.⁵⁴ Además, Esgleas presentó un ultimátum al Comité Nacional del interior para exigirle la inmediata cancelación de la decisión “unilateral” de entrar al gobierno de Giral: “La caída de Franco y la Falange no serán precipitadas por la presencia de la CNT en el gobierno de Giral, sino por medio de la actividad conspirativa dentro de España, la presión diplomática y el boicot internacional.”⁵⁵

Los apolíticos intentaron demostrar que esta situación había derivado estrictamente de la renuencia de Giral a incluir a Montseny en su gabinete, y llegaron incluso al extremo de sugerir que si Giral lo hubiera hecho, la actitud de Esgleas habría sido exactamente la opuesta.⁵⁶ Que Esgleas haya criticado a la organización clandestina por haber dejado la decisión a Giral hizo poco creíbles sus pretensiones de defender “los sagrados principios” del anarquismo. Por otra parte, la CNT apolítica continuó dando su apoyo a la ineficaz Junta Española de Liberación (JEL) —que había sido abandonada por la mayoría de los partidos antifascistas—, a la vez que ponía énfasis en lo equívoco de la colaboración con el gobierno de Giral, lo que aumentó la falta de credibilidad en la persona de Esgleas y en sus expresiones.

Dos semanas después, mientras Leiva viajaba a México para ocupar su puesto en el gabinete, el Comité Nacional de la organización en el exilio publicó una declaración en la que se establecía que ni Leiva ni

⁵³ Hartmut Heine, *op. cit.*, p. 301.

⁵⁴ José E. Leiva, *Elementos para la comprensión de cuarenta años de exilio confederal y libertario*, París, 1978 (manuscrito), pp. 8-15.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 42.

⁵⁶ Enrique Marco Nadal, *op. cit.*, p. 38.

Prieto tenían autoridad alguna para representar a la CNT en el gobierno. Inmediatamente después, las expulsiones de los colaboracionistas de la CNT, por parte del Comité de Esgleas, que habían venido sucediéndose desde mayo, fueron aceleradas. Los colaboracionistas contratacaron transformando los denominados Comités de Relaciones –cuerpos que habían sido fundados en el exilio para revivir los nexos entre los exiliados y las federaciones a las que habían pertenecido– en “Federaciones Regionales de Origen”, alineando de esta forma a una parte considerable de la militancia fuera del control de la organización oficial, ahora en manos de los apolíticos.⁵⁷ Ésta sería la gota que habría de conducir a la escisión del Movimiento Libertario en el exilio, misma que habría de durar hasta 1961. Los colaboracionistas abandonaron la CNT “oficial” para fundar su propia organización bajo el liderazgo de Ramón Álvarez.

Los siguientes meses presenciaron una auténtica guerra de panfletos y artículos de prensa, con ambas facciones enfrascadas en sorda lucha por obtener o conservar tantos militantes como les fuera posible.⁵⁸ Para diciembre, el Comité Nacional de los colaboracionistas habría de celebrar su primera plenaria, en la que se recibió la noticia de que la dirigencia cenetista en España le había concedido el reconocimiento como dirigencia suprema en el exilio. En esta misma reunión se decidió con anterioridad a esta noticia, que el nuevo órgano adoptara el nombre de Subcomité Nacional para subrayar el predominio de la organización clandestina. Sin embargo, estos acontecimientos hicieron poco para ayudar a los colaboracionistas a desplazar en términos prácticos a sus competidores puristas, ya que ni el PSOE ni la Asociación Internacional del Trabajo (AIT), la Internacional Anarquista, rompieron con el Comité de Esgleas.⁵⁹

Mientras tanto, dentro de España, las negociaciones entre la ANFD y los militares promonárquicos fueron reanudadas en medio de lo que parecían ser las condiciones más propicias. En marzo de 1946, Francia cerraba unilateralmente su frontera con España. Un mes más tarde, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos emitieron una ambigua “nota tripartita” que llamaba al restablecimiento de las libertades en suelo español. Finalmente, el año de 1946 concluía con una condena de la Asamblea General de la ONU al régimen de

⁵⁷ Hartmut Heine, *op. cit.*, p. 316.

⁵⁸ Enrique Marco Nadal, *op. cit.*, p. 41.

⁵⁹ Harmut Heine, *op. cit.*, pp. 322-323.

Franco, en la que se recomendaba el retiro de embajadores de Madrid.

A pesar de las condiciones tan favorables que ofrecía el entorno internacional, las negociaciones que buscaban la creación de un frente unido –que tal vez, según era esperado, asumiría el carácter de gobierno de transición– fracasaron una y otra vez en sus intentos por superar el escollo de la forma política del futuro Estado, un tema que dividía a todas las partes involucradas.

Debe señalarse, sin embargo, que de las organizaciones implicadas, sólo la CNT (interior) manifestaría una disposición pragmática a sacrificar la forma política con tal de acelerar el fin de la dictadura. Así, cuando el bloque de fuerzas monárquicas pidió a la ANFD romper sus vínculos con el gobierno de Giral, con el fin de avanzar hacia un acuerdo final, la CNT respondió con la propuesta de considerar como constituyente el periodo iniciado el 18 de julio de 1936.⁶⁰ Desafortunadamente, la solución plebiscitaria, que era compatible con los términos de la nota tripartita, sería rechazada no sólo por socialistas y republicanos, sino también por el PCE, que acababa de ingresar a la alianza, con lo que se perdió un tiempo valioso ante la creciente impaciencia de los aliados.⁶¹

Ofrecer una historia pormenorizada de los acontecimientos que dieron lugar al fin de la alianza estaría fuera del alcance del presente trabajo. Baste decir que después de un comienzo promisorio, las negociaciones de la ANFD con los monárquicos serían tajantemente rotas como resultado de una serie de acontecimientos, pero, sobre todo debido a la ambigüedad de aquéllos, el lastre que suponía el gobierno de Giral y las sucesivas detenciones de la mayoría de los miembros de la alianza que habían conducido la negociación.

En realidad, este periodo, que destacó por ser el de mayor crecimiento observado por las fuerzas antifranquistas, traería también un ascenso repentino de la represión. Los propios avances realizados por la oposición ante el aislamiento internacional de España, impulsarían al régimen acorralado a desatar una nueva oleada de represión, en tanto que el propio crecimiento de las organizaciones las hacía más visibles y vulnerables.

Así, se calcula que entre diciembre de 1946 y mayo de 1947, más de 2 000 militantes cenetistas fueron arrestados.⁶² En abril, una serie

⁶⁰ Juan M. Molina *op. cit.*, p. 176.

⁶¹ Enrique Marco Nadal, *op. cit.*, pp. 117-119 y 293-297.

⁶² Juan M. Molina, *Noche sobre España...*, *op. cit.*, pp. 112-118.

de acciones policiacas llevarían a la captura de varios miembros de la CNT y la ANFD. Entre ellos, Lorenzo Íñigo, secretario general de la Alianza, Juan M. Molina, quien había sido enviado por la sección colaboracionista de la CNT en el exilio como delegado ante la organización clandestina, misma que lo había nombrado secretario de Defensa, y Juan García Durán.

Un año después, otros tres comités nacionales de la CNT caerían en manos de la siniestra brigada. Enrique Marco Nadal, quien había viajado a España para ocupar el puesto de delegado dejado por Molina, y quien a su llegada a Barcelona había sido nombrado secretario general, fue arrestado en mayo. En Barcelona fue desmantelado el Comité Regional, que por entonces tenía más de 20 000 miembros que pagaban cuotas de militante a la organización.⁶³

Menos de tres meses después, el XIV Comité Nacional, dirigido por Antonio Ejarque, también fue destruido. Finalmente, en el mes de noviembre, la oposición libertaria recibiría el golpe más espectacular, cuando de una redada contra la ANFD resultó no sólo la detención de varios cuadros ejecutivos de la CNT, sino también el decomiso por parte de la Brigada Política y Social, de la imprenta de Solidaridad Obrera, órgano oficial de la Confederación, y de los archivos de la misma. Entre aquellos que fueron arrestados destaca Manuel Villar Mingo, que acababa de remplazar a Ejarque, y Eusebio Azanedo, miembro también de la ejecutiva.

Aunque todavía fue formado otro comité nacional, bajo el secretariado de Antonio Bruguera, se decidió trasladarlo a Valencia, decisión que habla por sí misma de la intensidad que la represión había alcanzado.

LA GUERRILLA URBANA (1948-1960)

En 1946, la oposición antifranquista construyó una organización más numerosa y compleja que cualquier otra hasta 1976, cuando se unieron la Junta Democrática y la Plataforma de Convergencia Democrática.⁶⁴ En el caso del movimiento esta afirmación es particularmente cierta. La continua presencia de la CNT en territorio español desde los

⁶³ Antonio Téllez, *Facerías...*, *op. cit.* p. 104.

⁶⁴ Mario Ojeda Revah, *La transición política. Orígenes de la democracia en la España actual 1975-1982*, tesis de licenciatura, FCPYS, UNAM, 1988, pp. 97-99.

primeros días del régimen dictatorial le había permitido reconstruir una estructura sindical considerable. Se ha calculado que, para 1946, la CNT poseía más de 60 000 militantes distribuidos en sindicatos relacionados con las distintas ramas de la economía, militancia que en una época como ésta, de miseria extrema, pagaba a la organización en cuotas sindicales entre 100 000 y 150 000 pesetas por semana.⁶⁵

De allí en adelante seguiría un vertiginoso proceso de desintegración, como resultado no sólo de la continua represión, sino también del imprevisto fin de las esperanzas puestas en una solución externa al problema español, que tan profundamente habían afectado a todas las organizaciones antifranquistas.

Una vez que se volvió evidente que los aliados no intervendrían en España, el régimen salió a la calle a erradicar toda traza de oposición interna. Frente a una creciente persecución policiaca, los anarquistas catalanes, en particular las juventudes libertarias, comenzaron a presionar a la ejecutiva en pos de un viraje en la línea de acción de la CNT hacia la lucha armada. Como hemos visto, la acción directa no había sido una prioridad para la organización clandestina, que en vez de ello había optado por una solución política a la existencia de la dictadura. Con el fracaso de la acción diplomática y el compromiso político, el camino se abrió para aquellos que abogaban por el uso de la fuerza con el fin de defender el movimiento y conseguir medios para él.⁶⁶

De esta forma, en mayo de 1947, en la época del arresto de Marco Nadal y con la represión, que alcanzaba un punto climático, una organización secreta, El Movimiento Libertario de Resistencia, fue constituido bajo los auspicios de la FJL catalana con el objetivo concreto de vengar la violencia "legal" del régimen.⁶⁷ La idea de crear grupos específicamente de combate, desligados por completo de las actividades políticas y sindicales de la organización, aunque correcta en su análisis de las limitaciones del movimiento, iba a promover desde sus orígenes nuevos desacuerdos dentro de la organización.

De 1947-1949, las calles de Barcelona serían el escenario de explosiones de bombas, robos y otros ultrajes terroristas. Los objetivos favoritos de estos grupos fueron la policía, los bancos, las fábricas y los informantes infiltrados que tanto daño le habían causado al movimiento libertario. Así, en su presentación pública el MLR tendría éxito al ejecutar al notorio in-

⁶⁵ Víctor Alba, *Historia...*, *op. cit.*, p. 254, y Eliseo Bayo, *op. cit.*, p. 99.

⁶⁶ José Francisco, *Habla mi conciencia*, Barcelona, Ediciones Acervo, 1966, pp. 112-123.

⁶⁷ Antonio Téllez, *Facerías...*, *op. cit.*, pp. 101-102.

formante Elíseo Melis, quien al servicio de la Brigada Política y Social había provocado la captura o muerte de varios militantes prominentes.⁶⁸

Sin la infraestructura necesaria para conducir una campaña terrorista dentro de España, el MLR recurriría al comité esgleista para conseguir el aprovisionamiento de armas y equipo. Este último, aunque favorable a la violencia revolucionaria, muy pronto restringiría en forma considerable su ayuda, temeroso de que la creciente autonomía de estos grupos pudiera transformarlos, en última instancia, en una competencia dentro del MLR. Estos mismos temores llevarían a la burocracia exiliada, a insistir en controlar las actividades militares de dichos grupos, lo que habría de ser fatal para éstos, ya que los servicios secretos del franquismo habían infiltrado la organización en el exilio con delatores.⁶⁹

En última instancia, el deseo del comité de no comprometer su estatus legal con las autoridades francesas lo llevaría a recortar la poca ayuda que continuaba dando a los grupos armados.⁷⁰

Privados de toda ayuda proveniente del exterior, los grupos insurgentes se vieron obligados a recurrir crecientemente al robo a mano armada con el objeto de financiar sus actividades. Esto facilitaría la tarea de la propaganda oficial del régimen al presentar sus actividades como actos de bandolerismo y justificar la salvaje represión desatada contra ellos.

En 1949 la guerrilla urbana en Cataluña alcanzó el cenit de su lucha contra el régimen franquista. Su incapacidad para generar una reacción favorable de parte de las masas hacia sus actividades, y su falta de recursos de infraestructura, la habían condenado irremediablemente al aislamiento y la lenta extinción. Era sólo cuestión de tiempo antes de que la Brigada Política y Social completara su virtual exterminio. Para octubre la mayor parte de los guerrilleros habían muerto en enfrentamientos con la brigada, o esperaban su ejecución por pelotones de fusilamiento.⁷¹

Entre aquellos que fueron capaces de escapar de la feroz represión de 1949, dos partisanos, José Luis Facerías y Francisco "Quico" Sabaté, merecen ser destacados, no sólo por la valentía e imaginación de sus acciones, sino también por su capacidad para sobrevivir y operar clandestinamente por tantos años.

⁶⁸ Antonio Téllez, *Sabaté, Guerrilla Extraordinary*, Londres, Elephant, 1985, pp. 54-55 y 71-72.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 50, y Eliseo Bayo, *op. cit.*, p. 143.

⁷⁰ Antonio Téllez, *Facerías...*, *op. cit.*, p. 110.

⁷¹ Antonio Téllez, *Sabaté...*, *op. cit.*, pp. 190-191.

Facerías, nacido en Barcelona en 1920, había sido miembro de la FIJL y el sindicato de carpinteros de la CNT, antes de que comenzara la guerra civil. Cuando la rebelión estalló en julio de 1936, se unió a la Columna Ascaso que vio acción en el frente catalán. Tomado como prisionero de guerra por los "nacionales", fue liberado en 1945. De allí en adelante dirigió el autodenominado Grupo Central de Defensa de Barcelona, que habría de tomar parte en distintas acciones de resistencia contra el régimen, como asaltos bancarios, sabotaje a termoeléctricas, ajusticiamiento de guardias civiles y delatores, hasta su muerte a manos de la brigada en 1957.⁷²

Sabaté, también catalán, se había unido a la CNT desde los quince años, cuando participó en un movimiento anarquista en 1932. Durante la guerra civil vio acción con la Columna Aguiluchos de la FAI. Exiliado en Francia se uniría a la resistencia francesa hasta 1945, cuando reingresó clandestinamente a España. Una y otra vez cruzaría los Pirineos en ambas direcciones para tomar parte en operaciones contra la dictadura hasta su muerte violenta en 1960, después de una frenética persecución de la policía franquista.

A pesar de su idealismo y de su valentía, estas acciones fueron en gran medida fútiles e incluso contraproducentes, ya que a menudo resultaban en nuevas escaladas represivas contra el movimiento.

Para entonces la CNT había entrado en absoluta decadencia. En junio de 1953 su último comité nacional fue desmantelado como resultado del arresto de su secretario general, Cipriano Damiano. De allí en adelante la CNT cesó de existir en territorio español como entidad organizada hasta 1961 cuando reapareció, si bien nominalmente.

EPÍLOGO

Al comienzo de la nueva década el Movimiento Libertario de Resistencia se encontraba en virtual bancarrota. Aunque 1960 presenció la constitución exitosa de una alianza sindical, la Alianza de Sindicatos Españoles (ASE), entre la CNT, la UGT y el Sindicato de Trabajadores Vascos (STV), ningún avance importante pudo obtenerse en la movilización de la clase obrera por estos sindicatos.⁷³ Tan sólo un puñado de

⁷² Para un recuento detallado de sus acciones, véase Antonio Téllez, *Facerías...*, *op. cit.*

⁷³ José E. Leiva, *op. cit.*, pp. 82-89.

grupos dispersos mantuvieron viva la organización dentro de España, mientras que una CNT dividida en el exilio erraba hacia su completa extinción. En medio de este contexto de desesperanza, agravado por la impresionante longevidad del dictador, se dieron los primeros intentos de sortear las diferencias existentes entre las dos mitades escindidas del movimiento.

De esta forma, el Primer Congreso Intercontinental de Federaciones Locales de la CNT en el exilio logró formar un nuevo Comité Nacional que, aunque todavía dominado por los apolíticos, incluyó por primera vez desde 1945 a un número importante de colaboracionistas.⁷⁴ Sin embargo, no sería sino hasta el Segundo Congreso de agosto de 1961, en Limoges, que estos esfuerzos culminarían exitosamente en la completa reunificación del movimiento en una sola organización.⁷⁵

El Congreso de Limoges, que eligió a Roque Santamaría, seguidor de Esgleas, como nuevo secretario general de la organización —lo que significó el triunfo de los apolíticos—, debatió entre otras cosas la cuestión de la revolución violenta. En efecto, una resolución secreta que adoptaba la lucha armada como la línea de acción del movimiento, fue aprobada unánimemente. En esta misma dirección, fue creado un órgano coordinador de todos los núcleos libertarios involucrados en la acción directa: Defensa Interior.⁷⁶

Una serie de acciones terroristas tales como la destrucción de cultivos en los latifundios o la contaminación de productos enlatados españoles para la exportación, fueron también planeadas. Con todo, la principal prioridad allí formulada fue el asesinato de Franco.

Para ese entonces el régimen se había sobrepuesto, más allá de todo reconocimiento posible, al aislamiento que había padecido en el pasado, y sería de esta forma capaz de allegarse la creciente cooperación de las autoridades francesas en la persecución de sus enemigos. Esto significó no sólo que los cruces fronterizos se hicieran más difíciles para los grupos de activistas, sino que las presiones sobre la dirigencia exiliada se volvieran más onerosas. Estas presiones se verían reflejadas en una serie de acciones realizadas por el gobierno de De Gaulle contra el exilio español, como la clausura de varios periódicos anarquistas e incluso socialistas, y el hostigamiento de los exiliados.⁷⁷

Por otra parte, la nueva línea de acción directa tendría también

⁷⁴ Valentina Fernández Vargas, *op. cit.*, p. 232.

⁷⁵ Pierre Malerbe, *op. cit.*, p. 104.

⁷⁶ Eliseo Bayo, *op. cit.*, p. 204.

⁷⁷ Valentina Fernández Vargas, *op. cit.*, p. 233.

como repercusión negativa el aislamiento de la CNT del resto de la oposición antifranquista, en un momento en el que incluso el PCE había renunciado al camino de la violencia.

Esta situación se vería reflejada en la exclusión de la organización anarquista del Congreso de Munich, donde una serie de personalidades que representaban a las más importantes organizaciones de la oposición antifranquista consiguieron el aislamiento del régimen respecto del proceso europeo de integración.⁷⁸

Tal vez, estos problemas habrían de llevar a la dirigencia de la CNT a retroceder respecto de estas posturas, y a provocar con ello el descontento de la FIJL, que para entonces se había comprometido con la lucha armada. Lo que siguió fue una proliferación de grupos sin un programa claramente definido, dentro de un proceso que recuerda y coincide con la evolución de la ETA. Una nueva generación de partisanos libertarios, compuesta por los hijos del exilio, habría de tener una prominente participación en varias acciones contra el Estado español, lo que llevaría a cientos de ellos, en última instancia, a un estéril martirio.

En agosto de 1962, un artefacto explosivo estalló en el camino que conducía a la residencia oficial de Franco en Ayete (San Sebastián), durante una visita del caudillo a esa ciudad. La llegada del dictador al lugar había sido erróneamente esperada por un comando de defensa interior, que para la preparación del atentado había contado con la colaboración de la ETA. En conexión con este suceso, Jordi Conill, Eliseo Bayo y otros 70 militantes libertarios fueron arrestados. Rápidamente tuvieron lugar seis cortes marciales, al cabo de las cuales se sentenció a los jóvenes anarquistas a un total de 360 años de prisión, mientras se condenó a Conill a la pena de muerte.

Una campaña internacional para salvar la vida de Conill, que incluyó una petición del obispo Luciani de Milán, el futuro papa Paulo VI, cayó en los oídos sordos del régimen. Sería tan sólo después de que un grupo de anarquistas italianos secuestraran al vicescánsul español en Milán, que una nueva corte marcial revisara la sentencia y la conmutara por la de 30 años de prisión.⁷⁹

No obstante, un año después otros dos jóvenes libertarios serían presentados por la justicia franquista como responsables del estallido de una bomba en la oficina de pasaportes de la Dirección de Seguridad del Estado, y apresuradamente ejecutados por medio del siniestro

⁷⁸ *Ibid.*, p. 234.

⁷⁹ Fernando Jáuregui y Pedro Vega, *op. cit.*, pp. 282-283.

método de garrote vil. Se ha sugerido que la dureza exhibida por el régimen franquista en esta ocasión había respondido al descubrimiento de un plan para matar a Franco que implicaba a los dos militantes.⁸⁰ En cualquier caso, este episodio exacerbó las tensiones existentes entre la FIJL y los “históricos” de la dirigencia del movimiento.

En consecuencia, la segunda mitad de la década de los sesenta traería nuevas divisiones dentro del Movimiento Libertario de Resistencia. Estas divergencias ya no estaban fundadas en el tema de la colaboración política, sino en las formas concretas que había de asumir la lucha antifranquista. Así, mientras los “históricos” temían que la creciente autonomía de los grupos armados pudiera dar la hegemonía de la organización a Defensa Interior, dicho órgano comenzó a considerar en forma creciente al Comité Nacional como un cuerpo derrotista y reformista, dentro de lo que indudablemente constituía una brecha generacional. Las presiones renovadas del gobierno francés al Comité Nacional de la CNT en el exilio sólo echarían más leña al fuego de estas controversias.⁸¹

Este proceso culminaría con la definitiva desintegración del MLR, Libertario, después de una nueva escisión en sus filas. En 1965, dentro de un congreso celebrado en Montpellier, la polarización entre ambas facciones alcanzaría un punto climático que resultó en la salida de la FIJL y otras 32 federaciones del seno de la organización oficial.⁸²

Para todo propósito práctico, este acontecimiento marcó el fin de la CNT. El *boom* de ideas libertarias que se presenció a partir de 1968, como resultado de la tendencia radical que dominó las universidades europeas durante esa época, tuvo que ver más con el subjetivismo de una juventud descontenta que con el impulso de un movimiento de la clase obrera.⁸³ De esta forma, los diversos grupos armados que proliferaron como hongos en la escena española a principios de los años sesenta, como por ejemplo, el Movimiento Ibérico de Liberación (MIL) o los Grupos de Acción Revolucionaria Internacionalista (GARI), por mencionar sólo dos, no debieran ser considerados continuadores de la tradición libertaria española.

Después del restablecimiento de la democracia a partir de 1977, la CNT pudo reaparecer y obtener su registro legal como central sindical, en el nuevo régimen parlamentario. No obstante, nunca más habría de

⁸⁰ Eliseo Bayo, *op. cit.*, p. 224.

⁸¹ Valentina Fernández Vargas, *op. cit.*, p. 237.

⁸² Pierre Malerbe, *op. cit.*, p. 186.

⁸³ George Woodcock, *El anarquismo*, Barcelona, Ariel Historia, 1979, pp. 472-474.

recuperar su posición como la central sindical más importante de España. Su apego a principios ideológicos, que contrastaba con la evolución hacia el pragmatismo político mostrado por el PCE y el PSOE, dentro de una sociedad infinitamente más moderada que su predecesora, acabaría por transformar a la CNT en una inútil reliquia del pasado.